

Juan Guillermo Ferro &amp; Graciela Uribe Ramón

# El orden en la guerra.

## Las Farc-Ep: Entre la organización y la política

BOGOTÁ, CENTRO EDITORIAL JAVERIANO, CEJA, 2002, 208 PÁGS.

por Fernando Cubides\*

Lo novedoso del libro radica en la metódica y detallada aplicación de una teoría sobre las organizaciones políticas a un tipo de organización como la guerrilla más antigua del mundo, buena parte de cuyos datos básicos, orientaciones estratégicas, nexos con las regiones en las que ha actuado y ha logrado implantarse, siguen en una especie de claroscuro para todo tipo de observadores y analistas, incluyendo a los más informados y especializados, aquellos que como Alfredo Rangel, han hecho de ese desciframiento una labor continua, un oficio con proyecciones internacionales.

En su heterogeneidad, en su diversidad, hoy por hoy la literatura que se ha acumulado sobre las Farc, desborda la capacidad de asimilación y contextualización de cualquier investigador tomado individualmente. A los relatos épicos de los fundadores, y a aquellas versiones en primera persona, apologéticas, que se produjeron en la década de 1970 y que circularon de manera semiclandestina (los diarios de combate de Marulanda y de Jacobo Arenas, los primeros libros de Alape) se han venido a sumar luego análisis retrospectivos, reconstrucciones históricas sobre la base de la aplicación de tipologías y la exploración de varias fuentes (como algunos artículos previos y los dos libros de Eduardo Pizarro), la serie de trabajos de historia oral basados en testimonios (como la serie de libros de Alfredo Molano que por su novedad y su factura literaria tuvieron un auge hace un decenio y algo más); y en fin, en la medida en que el contingente de la guerrilla crece y se expande a todo tipo de regiones, y su dispositivo se diversifica, una multitud de monografías regionales (por lo general trabajos de tesis de estudiantes de pregrado y de posgrado), de conocedores de las realidades regionales, que procuran describir, y hasta cierto punto explicar, la presencia guerrillera, su expansión geográfica por ciertos rasgos de las sociedades regionales en donde ha logrado implantarse.

El que aquí reseñamos es un libro distinto en la medida en que sus autores denotan haber transitado y conocido previa-



mente las regiones donde las Farc han logrado implantarse y demuestran arraigo (zonas de cultivo de coca y amapola, las riberas de los ríos Guayas y Caguán, entre otras), dan por sentadas y conocidas del lector las distintas reconstrucciones históricas, apologéticas y no apologéticas, y se concentran en el organigrama actual, utilizando para ello una serie de entrevistas realizadas durante el fallido experimento del despeje, a varios comandantes de frente y a dirigentes guerrilleros de nivel medio y alto (uno de ellos miembro de la comisión de negociación con el gobierno Pastrana, aunque ninguno de ellos miembro del Secretariado de las Farc, los cuales de un tiempo a esta parte son, por cierto, poco accesibles). En eso consiste buena parte del valor del libro, además del período en el que se hicieron las entrevistas: el tipo de testimonios obtenidos, el modo en que se formularon interrogantes sobre aspectos circunscritos y se obtuvieron respuestas, la manera en que se organiza la información obtenida y compilada en el terreno en función de esos interrogantes. No es que haya una novedad absoluta en las evidencias que se aportan, pero compilarlas en la secuencia temática en que lo hacen tiene sentido, abre perspectivas, incluso dirige la luz un poco más allá del foco que los autores escogieron, como intentaré mostrarlo.

La riqueza de las fuentes es realizada por el prologuista, el colega Francisco Gutiérrez, quien adelanta además algunas claves de interpretación; en particular sobre un problema que nos atañe en

grado sumo: las bases del reclutamiento de las Farc, la procedencia social y regional de sus efectivos. Cuando hablamos de "bases sociales del accionar guerrillero" nos referimos en principio a aquel sector de la sociedad de donde proviene la mayoría de su contingente de efectivos, que lo apoya con convicción, que se identifica con las metas políticas explícitas, que asume el riesgo de hacerlo, y que, de modo concomitante, cuando transita por su territorio ve al Ejército regular como un Ejército de ocupación, lo señala intuitivamente como "el enemigo" y se comporta en consecuencia. Esto del grado de hostilidad, de la polarización que implica, me parece necesario subrayarlo, pues, vista desde la ciudad, debido a una cierta rutinización en las percepciones corrientes, la tendencia a ver a la guerrilla como un fenómeno "normal", la tendencia a hacer abstracción del grado de hostilidad con el que opera; en otras palabras tiende a olvidarse que, por definición, el guerrillero es alguien mucho más dispuesto a matar que a morir; que la disciplina adquirida y el intenso entrenamiento al que se somete tienen eso como supuesto, y que en su lenguaje, el "trabajo de masas", el tipo de adoctrinamiento político en el que se empuña la guerrilla hacia las poblaciones en las que tiene influencia se dirige a sacar provecho de las divisiones y fracturas de la sociedad local y regional, a exacerbar las divisiones, para aislar al máximo al enemigo, que en principio es el Ejército, pero también toda aquella parte de la población que se identifique con el *statu quo*.

A estas alturas encuentro necesario señalar una incongruencia en el libro de Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe: su manera de entender la institucionalización. Afirman que la guerrilla se ha institucionalizado, que la etapa más reciente de su evolución es la de la "consolidación institucional" (págs. 18, 23 y varias más) pero no parecen del todo conscientes de que por laxa que sea nuestra comprensión de lo institucional, implica que como práctica social se la ha otorgado un reconocimiento decisivo, una aceptación e introyección en la vida cotidiana, consciente y regulada, y una capacidad de predecir el curso de la acción de la institución de la que se trate (estén o no sus normas formalmente estatuidas), que no me parece del caso. Expongo dos argumentos en contra: cualquiera haya sido

\* Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia, Profesor e Investigador del Iepri.

su formulación explícita al respecto (y en particular las que se hacen para consumo externo hay que tomarlas "con beneficio de inventario") la guerrilla de las Farc no ha dado el paso a un control territorial circunscrito, pues no siente que haya acumulado lo suficiente para ello, ha sido renuente hasta ahora a abandonar su trashumancia, a renunciar a la ventaja de la máxima movilidad sobre el terreno de su dispositivo militar. Recordemos que a raíz de los golpes propinados al Ejército en Las Delicias, en El Billar y Patascoy, varios analistas, entre ellos Rangel, se apresuraron a afirmar que la guerrilla estaba ya en condiciones de adelantar una guerra de movimientos, e incluso, a corto plazo una guerra de posiciones logrando controlar íntegramente un territorio circunscrito, entre tanto ejercerían un "dominio territorial nómada"; pero el propio Alfonso Cano salió al paso afirmando que las Farc no irían a abandonar en un futuro previsible, la guerra de guerrillas<sup>1</sup>.

En charlas privadas Jesús A. Bejarano solía decir, sin ironía: "Las Farc son una guerrilla seria" para referirse al modo en que planeaban, a la sistematicidad con que procuraban cumplir sus metas de crecimiento, y también para subrayar, en contraste, la poca atención, el poco estudio que los analistas y negociadores solían hacer de esas metas, lo desprovistos que llegaban de esa información básica a la mesa de negociación. Pero al afirmar que las Farc eran una guerrilla seria además de significar, de nuevo por contraste, la relativa sobriedad de sus documentos ideológicos y comunicados y la abundancia de sus acciones, el crecimiento sostenido de sus efectivos, del número de sus frentes, no quería significar que a los documentos en cuestión había que tomarlos al pie de la letra.

En la literatura estratégica el "guerrillerismo" llega a ser un defecto, de lo que en sus orígenes era una virtud; en ese texto clásico sobre dicho problema que es el artículo de Mao "Problemas estratégicos de la guerra de guerrillas con el Japon", el autor señala como meta ineludible en el mediano plazo "elevar las guerrillas al nivel de las fuerzas regulares", convertir a la guerrilla en un ejército en toda la regla, capaz de dar el paso a la guerra de movimientos y a la guerra de posiciones, lo cual implica un abandono de la trashumancia y, sobre todo, capaz de ajustarse de manera íntegra a las normas vigentes

para tiempos de guerra (lo cual implica mucho más que la utilización del apelativo, o de un añadido que equivalga a la palabra "ejército" en la sigla), y tiene toda una serie de consecuencias en el plano organizativo que el propio Mao detalla, y que en el caso de China se llevaron a cabo siguiendo un cronograma<sup>2</sup>.

Por otra parte, si el concepto de *institucionalización* tiene un sentido reconocible para los sociólogos es el de que un modo de acción social se ha vuelto consensualmente aceptado, normal, predecible, sujeto a cálculo y a normas. Las pautas que se derivan de una institución como tal han de ser, definidas, continuas y organizadas; idealmente su contenido ha de ser universalista, etc. (Quiero evitar aquí una orgía de notas de pie de página, pero me remito principalmente a las obras de Weber y de Parsons) No descarto que las Farc tengan esa pretensión, lo que pongo en dudas es que la hayan conseguido ya, incluso en aquellas regiones en donde tienen mayor influencia. ¿Acaso su "Ley 002 del Caguán" da lugar a un comportamiento predecible? ¿Es algo más que una justificación *post factum* del secuestro, práctica que persistieron en negar durante mucho tiempo? (tengo las referencias acerca de esa recurrente negación con fechas y por encima de toda sospecha acerca de su autenticidad...) Aun admitiendo en gracia a discusión que fuese una práctica que tuviera un grado de aceptación amplia ¿es predecible?, ¿está sujeta, a algún grado de cálculo?, ¿podemos tomar al pie de la letra el millón de dólares al que se refería Jorge Briceño como tope a partir del cual se recauda el tributo? ¿Hay una secuencia establecida, comprobable, predecible, entre la extorsión y el secuestro-del tipo: se secuestra a quienes en definitiva se niegan a pagar la vacuna, etc.? Por el contrario, a mi juicio, dichas prácticas se hallan en un área gris, en una semipenumbra, en la confusión; la ambigüedad a que da lugar la "combinación de todas las formas de lucha" como orientación estratégica. En otras palabras, mientras se persista en una actitud que consiste en no escatimar el uso de todas las posibilidades de la legalidad vigente a la vez que se busca infringirla de modo sistemático, derribarla mediante una energética acción insurreccional, difícilmente creo que se pueda hablar, con un sentido reconocible, de institucionalización.

El segundo de mis argumentos tiene que ver con el "salto cualitativo" como con-

cepción y todo el trasfondo que implica. Caro a la mentalidad dialéctica, hacen referencia a él varios de los pioneros de las Farc, al menos dos de los entrevistados, y también los autores del libro, que lo acogen, para explicar algunos cambios organizativos en su objeto de estudio. Familiar a muchas generaciones de investigadores y analistas en ciencias sociales, sean o no hegelianos, esa conversión de la cantidad en calidad se incorpora al lenguaje común de las ciencias sociales por su calidad expresiva, por su densidad. Suficientemente conocida como formulación, gran parte de su atractivo consiste en que designa un momento preciso, que tiene toda la apariencia del pensamiento concreto y (como lo sostiene el antropólogo Hugo Plessner y, apoyándose en él, Carl Schmitt) es un postulado ontológico y lógico que termina siendo una reflexión política, y una valoración del todo positiva de aquello a lo que se aplica. El asunto es de entidad. Tiene, pues, el sentido de la férrea determinación, inapelable históricamente, en suma de un cambio irreversible. ¿Para el caso de las Farc se ha llevado a efecto ese cambio? ¿Cuál es la nueva cualidad atribuible al desarrollo cuantitativo previo? ¿Implica, por ejemplo, que manteniendo el grado de hostilidad la guerrilla emplea a partir de un momento identificado la distinción entre el enemigo armado y el enemigo indefenso, "superando" así una etapa degradada de la guerra? ¿Considera la dirigencia de las Farc vigente, a partir de un momento reconocible aquella norma que formula Clausewitz, y que dice que al pueblo ha de ahorrarse todo derramamiento inútil de sangre? *El combatiente que se guía por una concepción altruista, se siente responsable también por la suerte de su enemigo, y en grado máximo por la de la población inermes*. Según los autores la guerrilla ha dado ya varios "saltos cualitativos" en materia organizativa, pero mientras no nos los expliquen en concreto y se limiten a citar a los comandantes guerrilleros que así lo afirman, no es mucho lo que podemos saber como lectores. La expresión resulta grandilocuente si no designa un cambio de actitud hacia el enemigo, y hacia la población no convencida de la viabilidad o de la bondad de los fines de la organización. En el propio texto hay suficientes evidencias de que el grado de hostilidad que se aplica es el de antes, de ajusticiamientos sin fórmula a civiles desarmados por el cargo de ser colaboradores del enemigo, de que el control de un territorio que alcanzan a ejercer implica el máximo grado de coacción dirigido a potenciales enemigos. Siempre queda la

<sup>1</sup> La posición de Rangel se puede ver en sendas columnas periodísticas de *El Tiempo*, del 8 de septiembre de 1996 y del 8 de febrero de 1997, así como en el apartado "Las lecciones de El Billar" de su libro *Colombia: guerra en el fin de siglo*, Tercer Mundo Editores & U. de los Andes, 1998, págs. 93 y 99. La de Cano en su entrevista en *Alternativa*, N° 17, febrero 15 de 1998 y en varios Boletines *Resistencia* de los meses subsiguientes.

<sup>2</sup> En: *Seis escritos militares del Presidente Mao Tse tung*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1970, pág. 197 y ss. Con posterioridad a haber escrito y distribuido esta reseña, Rangel, en su columna del 11 de abril "Las cartas de Marulanda" vuelve sobre el punto, y rectifica algunas de sus apreciaciones anteriores.

<sup>3</sup> Véase el apartado "Los fundamentos antropológicos de las teorías políticas" en el libro de Schmitt: *El concepto de lo político*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1984, págs. 54 a 57.

sospecha de que al acoger la noción de “salto cualitativo” los autores están tomando con demasiada literalidad aquellas de sus formulaciones más grandilocuentes, precisamente las que están pensadas y formuladas para la intrincada guerra psicológica.

La falta de un “beneficio de inventario” es una de las limitaciones de éste libro, por lo demás tan valioso; la mayoría de los testimonios se transcriben acríticamente, o con una muy incipiente contextualización. Más de una vez, como en la pág. 125, se afirma: “los testimonios muestran con claridad...” etc., cuando los testimonios están todavía por contrastar, son una materia prima que el investigador ha de someter a criba; los testimonios nos muestran lo que el que lo da, como parte interesada, quiere mostrar, y bien pocas veces son claros o nítidos; máxime cuando provienen de dirigentes de una organización clandestina con una larga tradición conspirativa. Lo cual, en cuanto al libro que reseñamos, redundará en errores de perspectiva. Otra limitación consiste en el grado de mecanicismo patente en la aplicación de una teoría de la organización como la de Panebianco, formulada expresamente para partidos políticos que actúan en la legalidad, que tienen expreso reconocimiento como tales. Frente a esto vale la pena preguntarse: ¿capta, por ejemplo, las sutilezas de la compartimentalización de un aparato clandestino? ¿No era menester en éste punto una adaptación del enfoque teórico, el examen de teorías organizativas formuladas expresamente para entender la guerrilla como organización irregular? En todo caso la existencia de un cuadro administrativo es uno de los criterios para distinguir a una forma de dominación; las guerrillas (y los paramilitares, miméticamente) son *burocracias armadas*, pero lo son de una manera característica: con una línea de mando fuertemente jerarquizada, comparimentalizada en virtud de la clandestinidad, y en donde el principio de la obediencia debida se cumple de una manera más categórica que en cualquier ejército regular. Requiere aplicar junto con las teorías sobre las organizaciones, una noción de lo estratégico adaptada al tipo de lucha irregular que adelanta la guerrilla: acerca de la inaplicabilidad del DIH (y al respecto, además de Carl Schmitt, hay otro autor clave: Michel Veuthey).

Respecto de lo primero, puede señalarse una contradicción entre las declaraciones que da Fernando Caicedo, miembro de la Comisión Política Nacional de las Farc, que afirma, taxativo: “Las Farc nacen como una guerrilla que no tiene su génesis en el Partido Comunista (...) El Partido tuvo gran influencia en un principio, porque de hecho hizo parte de ese embrión que fueron las Farc; pero las Farc siempre han tenido claro desde un prin-

cipio: somos independientes, nosotros no dependemos de ellos...” (pág. 30).

Y lo que afirma Marulanda, en un texto “fundacional”, sus *Cuadernos de campaña* es aún más categórico:

*Nunca fuimos y nunca seremos un puñado de infatuados que trate de dictar la línea a los demás, o defensores de la absurda tesis de que ‘la guerrilla crea al partido’. Nos venimos guiando por las orientaciones del único que ha estado con nosotros siempre: el Partido Comunista, y lo seguiremos haciendo invariablemente<sup>4</sup>.*

Una vez más la verdad ha de estar en un punto intermedio entre esas dos afirmaciones, y al lector de ambas afirmaciones sólo le cabe como actitud la que adopta ese elegante escéptico latino que fue Poncio Pilatos...

Uno de los dilemas organizativos que los autores identifican y enuncian como tal es el del centralismo democrático como pauta; con una larga tradición de debate entre grupos revolucionarios desde el *¿Qué hacer?*, de Lenin, propio del lenguaje de la izquierda y axiomáticamente aplicado para dirimir diferencias, excluyendo a los disidentes; tras enunciarlo en este libro se lo circunscribe a la experiencia de las Farc, remitiéndose a un caso en particular que demostraría sus inconvenientes: el de Javier Delgado, o José Fedor Rey (uno de los autores de la matanza de Tacueyó). Pero habría otro tan significativo, tan pródigo en lecciones como éste, aunque con un número menor de víctimas y es el de Braulio Herrera y su etapa como comandante de uno de los frentes del Magdalena Medio, sobre todo por la relación que guardan sus excesos con la génesis y expansión del paramilitarismo en la región. Y de cualquier manera no es posible referirse a esa pauta organizativa como si fuera una invención criolla, relacionándola tan sólo a los problemas de las milicias, omitiendo cualquier referencia a experiencias más universales, sin referirse para nada a la experiencia de los grupos insurreccionales y luego partidos del “socialismo que fue realmente existente”, con sus secuelas de burocratismo, nomenclatura y selección negativa (entendida como la cooptación de los menos innovadores, de los más obsecuentes)<sup>5</sup>.

Los más sustanciosos para el problema central que abordamos como grupo son aquellos pasajes que se dedican a analizar, por boca de los comandantes, los criterios del reclutamiento de las Farc, la

imagen que tienen de sí mismos en relación con los grupos de población de las diversas regiones en donde actúan; lo que sumariamente se ha denominado en la literatura especializada su “base social”. Abundan los datos tomados por observación directa, verídicos a todas luces, de una región como el cauce del río Caguán, como de la mayoría de frentes de colonización en la Amazonia y en la Orinoquia. Se corrobora con testimonio directo, y con sustentación política, y de nuevo por boca de los estrategas de la guerrilla, una presunción inicial y una percepción que ha venido rondando en toda la historia oral, en toda la literatura testimonial desde comienzos de los años ochenta: el apoyo más consistente con que cuenta la guerrilla es el campesinado de las zonas de cultivos de coca y amapola; hay una consustancialización de vieja data y de beneficio recíproco entre estas dos ilegalidades. La novedad consiste, en este caso, en lo explícito de la argumentación; han quedado atrás las medias lenguas, las medias tintas, los eufemismos.

Lo cual por cierto contrasta con el tipo de argumentación que construye la dirigencia guerrillera sobre lo urbano, sobre la composición social de las ciudades, su peso demográfico específico. Basta con comprobar que ya desde el censo de 1963 el predominio de la población urbana era nítido, aun para el observador más escéptico de los datos censales, pero, si nos atenemos a su propia cronología, a las declaraciones de aquellos de los entrevistados que se refieren al punto, aparece reconocido por las Farc como si se hubiese registrado tan sólo en la década de 1980; y sólo desde la 8a. conferencia nacional de la organización en abril del 93 cuando se asignan cargos en el Secretariado, en representación del sector urbano del trabajo político de la organización. Sólo entonces dicho reconocimiento tendría una expresión organizativa, retraso más que significativo.

En cambio queda apenas sugerido un criterio organizativo que puede tener un peso decisivo en la explicación del crecimiento sostenido de la organización desde los años ochenta, su diversificación regional, su expansión a todo tipo de regiones: aun cuando la disposición de los efectivos humanos, su formación y entrenamiento, el control de recursos logísticos, de elementos militares, el señalamiento de metas estratégicas es del todo centralizado (si bien algunos de los entrevistados quieren convencernos de que la mayoría de las armas, e incluso de los uniformes se obtienen mediante recuperación en el combate; como si la conexión Jordania-Perú no hubiera existido, y como si el descubrimiento de “fábricas” de uniformes no sea una labor policíaca rutinaria), respecto de la obtención de las metas financieras rige una especie de “todo vale”, impe-

<sup>4</sup> Ediciones Abejón Mono, 1973, pág. 84.

<sup>5</sup> En el escrito de Mao citado anteriormente se plantea el dilema en su forma más cruda: “Un alto grado de centralización del mando está en directa contradicción con la gran movilidad de la guerra de guerrillas, en la que no debe ni puede aplicarse un sistema de mando altamente centralizado”, ed. cit., pág. 198.

ra una versión criolla de eso que se llama "evaluación por resultados". Si hay una pauta redistributiva desde arriba y desde el nivel central, la consecución de recursos propios de cada frente, el cumplimiento de las metas señaladas queda librado a la iniciativa de los niveles de mando correspondiente: comandantes de bloque, de frente, de escuadra, etc.; con todos los excesos a que eso da lugar.

Una indicación teóricamente valiosa, un punto a explorar pero tan peliagudo para que el investigador lo pueda adelantar por métodos más o menos convencionales, como el de la extracción social y el origen regional de los propios guerrilleros, Ferro y Uribe lo formulan así:

*Desde el punto de vista sociológico y político, la base numérica de las milicias podría arrojar información cualitativa relevante sobre el nivel de penetración de las Farc en la población (pág. 57).*

Se intuye que el crecimiento de las milicias ha sido por lo menos tan importante en los últimos diez años como el de los efectivos guerrilleros, la intensidad de su compromiso político es ligeramente menor, pero la diferencia con el guerrillero es, claro, la movilidad, su dispositivo tiene una adscripción territorial definida, y se ha construido respondiendo a una directriz expresa de ampliar la base de apoyo en las ciudades. Tal vez podrían construirse estimativos a partir de los datos existentes por fragmentarios que sean, en particular los datos de los procesos judiciales en curso; pero en efecto hay allí una veta de material empírico, hasta ahora inexplorada.

Una comparación útil, un símil audaz al que acuden los autores para hacer comprender ciertos rasgos organizativos de las Farc y de su relación con las sociedades locales y regionales, su modo característico de difusión del mensaje, es el de las sectas y su prédica religiosa. Aun cuando por razones inescrutables para el lector se lo atribuyen exclusivamente a las "sectas evangélicas cuyo crecimiento se relaciona con su ética maniquea" (pág. 80); la cosa tienen que ver con el evangelio, en efecto, pero con aquel precepto, hasta donde sabemos común a todas las confesiones cristianas: "El que no está conmigo está contra mí", como lo atestiguan una pléyade de relatos de corte etnográfico que se han ido acumulando. Y por cierto que en cuanto a profesiones de fe, las Farc están mucho más cerca del catolicismo, se han propuesto, y han conseguido, captar curas para sus filas, procuran la neutralidad benevolente de los que están presentes en sus zonas, en tanto que son del todo suspicaces y hostiles con los pastores protestantes y con los representantes de otras creencias.

El capítulo que tiene el llamativo título de "El concepto de sociedad civil" no trae

referencia alguna a lo problemático de su invocación (y parafraseo a Norbert Lechner) a las innumerables disquisiciones acerca de su alcance, de su significación, a su carácter difuso, su trasfondo filosófico, a su aplicabilidad o inaplicabilidad para entender el fenómeno guerrillero, etc., pues consiste tan sólo en registrar las opiniones de algunos de los comandantes acerca de los usos recientes del término en el contexto de la negociación; se nos informa en él que la guerrilla (o nos venimos a enterar, leyendo las entrevistas citadas), por boca de algunos de sus comandantes, emplea la connotación más convencional: sociedad civil son el conjunto de los que no están comprometidos de un modo directo en la guerra (los civiles vs. los militares) pero con sus adaptaciones casuísticas, pues:

*Las Farc no comulgan, entonces, con el concepto de sociedad civil que emplean comúnmente los medios de comunicación centrado en los grandes gremios. Según ellos dichos gremios son actores protagónicos del conflicto porque financian la guerra y representan al establecimiento, y por ello tampoco formarían parte de la sociedad civil.*

Presumiblemente por afinidad temática en cuanto a su difusividad, el breve capítulo sobre la sociedad civil termina con algunas afirmaciones genéricas acerca de las cuestiones de género.

Dos consideraciones finales, la primera de ellas estilística: sea que se lo hayan propuesto los autores o no hay una secuencia histórica que el lector atento no dejará de advertir entre el tono épico de los pasajes provenientes de los "padres fundadores" y el tono, el estilo y el tratamiento de los temas de los comandantes de segunda y tercera generación. El transcurrir histórico de la organización se puede rastrear en esas variaciones del estilo comunicativo, cómo los valores cuasi-estamentales del combatiente, quiera que no, se han ido transformando con el tiempo, en su propio estilo de comunicarse hay un esfuerzo de adaptación a un público que sabe cambiante. Algo que ninguno de los cronistas de las ceremonias de paz al inicio del gobierno Pastrana advirtió, tal vez por la fascinación que produjo "la silla vacía". Los marranos, las gallinas perdidas en lo de Marquetalia seguían, y siguen, apareciendo en el discurso, pero la guerra ha ido cambiando a este actor, se nota de lejos en el mensaje ese transcurrir; en esa célebre ocasión y en momentos en que todas las cámaras enfocan hacia allí, la propia ausencia del líder histórico le dio una fuerza adicional a su discurso, pronunciado por uno de los comandantes de 2da. generación, discurso cuyo peso está dado por que tiene tras él una historia real, en tanto que el que se le opuso por parte del entonces Jefe

de Estado es artificioso, está hecho para la ocasión y pletórico de fórmulas vacías.

La segunda consideración es que resulta una lástima que en razón del período que abarcan las entrevistas y, supongo, de los inevitables plazos editoriales, el análisis no haya alcanzado a abarcar momentos posteriores a la terminación del despeje. Se quedó por fuera del análisis pero es crucial para nuestro asunto, y es inédito en el mejor sentido. Como sabemos, la apuesta de la terminación del despeje fue una apuesta alta de parte y parte; con toda suerte de implicaciones estratégicas y organizativas. En cuanto a la guerrilla, toda la literatura consultable, de Clausewitz a Mao, de Lawrence de Arabia al Che Guevara<sup>6</sup>, insiste en la importancia de una base de apoyo consolidada, de una retaguardia protegida, decisiva para el posterior crecimiento de la guerrilla, para dar, ahora sí, su "salto cualitativo". De modo que al no hacer nada para evitar el término del experimento del "despeje", lo poco que le pedía un gobierno en sus postimerías (algunas concesiones simbólicas hubiesen bastado según todos los indicios, para que se prorrogara "de oficio" como se venía haciendo), la guerrilla prefirió un retroceso hacia lo ya conocido, hacia un tipo de guerra en el que muestra toda su destreza, pero en tal decisión se puede percibir también un temor hacia lo nuevo, hacia el paso inevitable con destino a una confrontación de mayor escala, para la que no se siente del todo preparada en cuanto a su dispositivo, su estructura organizativa; viene siendo, entonces, una especie de involución. Más de lo mismo: crecimiento cuantitativo sin que se avizore un efectivo cambio de cualidad.

Fernando Cubides  
Bogotá, 2003

<sup>6</sup> Lawrence de Arabia afirma, categórico: "Es decisivo para toda rebelión el disponer de una base inexpugnable, no sólo al abrigo de cualquier ataque, sino preservada del propio temor de que llegara a ocurrir" (*Guerrilla dans le désert*, Editions Complexe, 1992, pág. 42), versión francesa del artículo publicado en la *Enciclopedia Británica* edición de 1926, "Guerrilla Warfare" que figura en todas las antologías de literatura especializada sobre el problema; Mao tiene dos apartados en el escrito que citamos antes sobre la importancia de las bases de apoyo en la inflexión estratégica de la guerrilla, en su tránsito definitivo a la guerra de movimientos, y en dirección hacia la guerra de posiciones; y en cuanto al Che Guevara, algo análogo se encuentra en su "Guerra de guerrillas" de 1960 y en sus "Pasajes de la guerra revolucionaria" de 1963.